

## Deslumbramiento

La estupenda 'Al caer la luz' es la primera parte de una trilogía, pero la novela funciona perfectamente como un todo

■ ENRIQUE GARCÍA FUENTES

Una costumbre que tengo cuando afronto la lectura de cualquier libro es retardar lo más posible el casi obligado vistazo que se supone que hay que echar a contraportada, contrasolapa o sitios de información en el mismo volumen. Esto lo hago una vez que he asumido que, sea por la solvencia del autor –normalmente– o por lo positivo de algún comentario previo del que haya tenido noticia (los reseñistas leemos a otros reseñistas, por supuesto), voy a afrontar el libro a toda costa. Me evito así prejuicios y hasta malentendidos, pero también, confieso, a veces me llevo sor-

presas que, si bien –salvo en algún caso extremo– no condicionan mi lectura, sí me proporcionan una información que bien me hubiera valido para una postura posterior.

Hasta cierto punto es un poco lo que me ha ocurrido con esta estupenda *Al caer la luz* que hoy les comento. Tal vez para cuando lleguen a mis palabras esté ya en las librerías... su segunda parte, porque –de ahí viene todo el rollo de antes con las contraportadas– forma parte de una trilogía; pero no tengan la menor preocupación por esto, pues la novela funciona perfectamente como un todo y puede leerse sin problema como algo autónomo. Es más, ya les adelanto que ese final abierto que posee me satisface más que la posibilidad de su cierre o redondeo en partes futuras.

Lo cierto es que la siempre benemérita Libros del Asteroide recupera con ella una novela de comienzos de los noventa que saja –me parece el verbo más adecuado– la placenta de



### AL CAER LA LUZ

Autor: Jay McInerney. Editorial: Libros del Asteroide. Madrid, 2017

un grupo social muy determinado ese momento: el que tiene que ver con las altas finanzas, con sus opas hostiles y pelotazos por doquier, que emergió en la América de Reagan hasta el desplome bursátil del 87, que afectará directamente el desarrollo de nuestra novela.

La trama la protagoniza el atractivo matrimonio que forman Russell Calloway, un brillante y ambicioso editor, y la deliciosa Corrine, agente de Bolsa que trabaja en Wall Street. Llevan casados poco tiempo, pero a ojos de todos, forman la pareja perfecta. El comienzo de la novela nos presenta esa típica cena de gente guapa que vive todos los excesos que el fluente dinero permite y, aunque la pátina intelectual y progresista se

vierta sobre la mayor parte de los asistentes, más les completa la avidez del capital y el ansia de disfrutar de su posesión. Enseguida caeremos en una vorágine de ambición convenientemente regada de alcohol, drogas y todo tipo de perversiones («Dentro de poco todos estaremos unidos por el sida») que nos es magníficamente presentada por el autor y nos engancha terriblemente, pues su transcurso es capaz de sacar lo mejor y lo peor de sus aparentemente desafortunados personajes, pero –como suele ocurrir con las buenas novelas– también de nosotros mismos. Pronto la narración muta en una vorágine de ocelotes sueltos y putas que sirven para pintar casas. Son los efervescentes años 80, donde las ropas de marca, la cocaína y la salvaje carnicería económica perpetrada por los que lucen corbatas amarillas se vuelve una galerna incontrolable que se lleva por delante a los típicos románticos, pronto pervertidos por el contacto con los efluvios tóxicos de una «gran manzana» capaz de mantener una pose 'cultureta' bajo la que yace ese mundo de podredumbre y ambición que sepulta los buenos deseos (y acaba con los aparentemente puros y sinceros). Frases lapidarias nos asaltan a lo largo de todo el transcurso («A

partir de los años veinte nadie quiere ser uno de los patanes que se burlaron de Stravinski y Duchamp. En eso consiste el gran legado del movimiento moderno: en el miedo a ser un paleta.»); esposas perfectas cuya vocación de samaritana expurga su mala conciencia de clase pervertida, jóvenes impulsivos que quieren más, aunque sean completamente conscientes de lo que ya tienen. Porque pueden, porque un mundo de posibilidades ilimitadas se ofrece ante ellos y no hay más que alcanzar la mano para lograrlo. ¡Cuántas veces en el transcurso de la novela se cuestiona el protagonista que su condición de hombre casado le cierra las puertas a otras posibles aventuras! No se trata de trivialización, casi ni de maldad –según sus propios planteamientos– es que la oportunidad está ahí y no hay por qué desdeñarla; y lo mismo las drogas, el alcohol, la fama, el dinero, el derroche...

Un mundo nuevo que explota al final, tal vez porque ya no pueda tensarse más la cuerda, pero, sobre todo, porque estaba sustentado –en sus principios– en las bases antiguas de la fidelidad, la amistad insobornable y la bondad posible, sin contrapartidas, y todo esto, todo, resulta extraordinaria e inevitablemente quebradizo.